



Open Access Repository

www.ssoar.info

El mito de la abundancia: bases para pensar el extractivismo-minero "desde" América Latina

Restrepo, Cristian Arbad

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Restrepo, C. A. (2018). El mito de la abundancia: bases para pensar el extractivismo-minero "desde" América Latina. *Revista Kavilando*, 10(1), 31-52. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-63759-9>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

El mito de la abundancia: bases para pensar el extractivismo-minero “desde” América Latina

The Myth of Abundance: The Foundations for Thinking about Mining Extractivism "from" Latin America

Por: Cristian Abad Restrepo¹

Recibido: enero de 2018 Revisado: mayo de 2018 Aceptado junio de 2018

Resumen

Las bases epistemológicas de los diversos extractivismos, en especial el minero, son rastreadas desde la invención de América como espacio de saqueo y extensión de Europa, sobre el cual la dominación/conquista tuvo como final último inferiorizar y expropiar la subjetividad y la materialidad de los pueblos en Abya Yala. La naturaleza americana fue la representación sobre la cual fue creado el mito de la abundancia que permanece en la actualidad de forma intacta, como configurador y ordenador de la profunda desigualdad ecológica en el sistema-mundo moderno/colonial de la naturaleza.

Palabras Clave. América latina; abundancia; extractivismo; colonialidad.

Abstract

The epistemological bases of the different types of extractivism, especially the mining one, are tracked from the invention of America as a space of looting and extension of Europe, on which the ultimate purpose of domination/conquest was to subordinate and to expropriate the subjectivity and the materiality of the peoples in Abya Yala. The American nature was the depiction on which the myth of abundance was created, which currently remains intact, as a configurator and an organizer of the deep ecological inequality in the modern/colonial world system of nature.

Key Words. Latin America; Abundance; Extractivism; and Coloniality.

¹Candidato a doctor en geografía por la Universidad Federal de Paraná - Brasil. Actualmente desarrolla la investigación llamada “la geopolítica de las resistencias contra-extractivas en la reapropiación de la naturaleza en/desde América Latina”. Docente Investigador Universitario. Brasil.

Contacto
cabadrestrepo@gmail.com

Introducción

Las luchas por la vida cobran relevancia política en la actualidad, como resultado de la ampliación de la modernidad y su concepción de naturaleza a todos los rincones del planeta desde los 526 años cuando Europa va estableciéndose como centro gracias al saqueo y genocidio de la Abya Yala, quien le proporciona la energía y recursos para iniciar la periferización del mundo no occidental e invadir otros territorios. De allí, que la naturaleza es puesta en el primer plano de conquista en la tierra porque es por medio de ella donde el poder colonial tiene sentido, comenzando por la racialización del ser humano no occidental y su fuerza de trabajo sub-alternizada para servir al centro hegemónico mundial. El insoslayable hecho de la expropiación de los minerales es un elemento transversal de toda dominación/conquista.

Este sistema mundo moderno/colonial de la naturaleza puede entenderse a manera de metáfora como una hoja en blanco, en cuyo centro es dibujado un ‘cuadro vacío’ y en las márgenes de ésta ‘círculos pintados’. De los círculos salen flechas doradas señalando siempre al cuadro, que son envíos permanentes de materia, energía, trabajo e información. Los círculos son vaciados y su contenido es transferido al centro para alimentar su existencia. Desde el centro, como espacio de enunciación, sólo es posible la construcción o creación de estructuras institucionales, la producción de subjetividades de adoración epistémica moderna y la violencia expropriatoria contra los obstáculos que se presentan en el envío de materia y trabajo

acumulado desde la periferia al centro. En ese sentido, la periferia es considerada como “áreas de sacrificio, espacios social y ecosistémicamente vacíos” (Harley, 2005) en aras del progreso selectivo (Svampa, 2013). De allí, que muchos mueren por el fundamentalismo eurocéntrico. Esto es precisamente el origen desigual de la distribución ecológica (Alier J. M., 2005) que conlleva a procesos de expropiación diferencial de los bienes y servicios ambientales, materializado en la división internacional y territorial del trabajo.

Las jerarquías propias del patrón de la geopolítica de los “recursos naturales” no se resumen al ámbito capitalista, sino también a las múltiples formas de dominación/conquista que la modernidad creó como colonialidad en nuestros territorios, a partir de lógicas civilizatorias como el significado de la naturaleza, raza, sexo y etnia. Por eso es que extractivismo-minero no se resume a una simple explicación de exportación de materia prima en bruto, sino a la brutalidad colonial de crear regímenes extractivos que absorbe y encubre los mundos posibles divergentes y existentes como manifestación de un “imperialismo ecológico”, expresado en la territorialidad patriarcal/moderno sobre los espacios, en un único significado de la naturaleza y la inferiorización de las comunidades locales en aras de la concentración de la naturaleza en el norte global como posicionalidad (Grosfoguel, 2015).

Alberto Acosta (2012) tiene razón cuando plantea la frase de “la maldición de la abundancia” como expresión de un sistema

social y ecológicamente desigual e injusto. Dice Maya (2013) que el mundo industrial (moderno) carece de nuestra abundancia, pero éste nos privó de ella por la vía del sometimiento y de la esclavitud (colonialidad).

¿Cómo cuestionar la opresión y dominio de los pueblos sin olvidar el control de los ecosistemas que les dan la posibilidad de producir la vida humana en la tierra? Horacio Machado (2016) nos ayuda a comprender mejor este punto dado que no se trata solamente de estudiar la dominación per se de los pueblos, sino que se debe partir de una perspectiva que involucre el control de los territorios con sus condiciones ambientales. Dice el autor (2016) que este proceso de incorporación y ocupación de la tierra por el “conquistador” se desprende de un significado propio del sujeto moderno que tuvo su origen con el primer “grito” colonial, cuando se alzó la voz para decir “tierra” en 1492.

En ese sentido, no es posible cuestionar la opresión sobre los pueblos sin una mirada crítica de la colonialidad de la naturaleza, su formación y las implicaciones epistémicas para nuestros territorios.

Metodología

En este artículo pretendo develar de forma sucinta los significados que ha sustentado el extractivismo-minero en América Latina, y los discursos que ha creado la naturaleza americana como expresión del mito de la abundancia y de la escasez que avalan el saqueo. Así, para lograr el cometido, el presente texto se estructura en cinco partes que son: **1)** la invención de América y su naturaleza; **2)** la naturaleza americana y el mito de la

abundancia; **3)** la inferiorización y el mito de la escasez; **4)** la reinención de la abundancia desde los discursos de la escasez y la ecoeficiencia del desarrollo; **5)** algunas consideraciones finales.

Para el desarrollo de los puntos 2, 3 y 4 fue necesario un análisis crítico de los discursos de diversas fuentes de información secundaria, con el propósito de encontrar los sentidos y formas de enunciación que crearon las ideas de dominación. Además de observar continuidades y discontinuidades referidas a la perspectiva eurocéntrica de enunciar la naturaleza del otro.

En ese sentido, se evidencia una continuidad del extractivismo-minero en América Latina en los 526 años de colonialidad y una discontinuidad en el abordaje temático de la naturaleza del otro, es decir, aún persiste una imaginación geopolítica (Massey, 2008) sobre el continente con diversas tematizaciones a lo largo de la historia que se traslapan, se alimentan y se auto-reproducen.

En ese sentido, no es posible una descolonización de la naturaleza (Pachamama) sin conocer los fundamentos epistemológicos que guían la producción de políticas en nuestros países y sociedades referidas a la naturaleza como objeto-abundante. Para ello necesitamos recurrir a la historia para mostrar los fundamentos del extractivismo-minero y, a partir de allí, devaluar la tal anhelada abundancia como mito, como falacia que ha comprometido el complejo-cultural de producir la naturaleza acorde a la racionalidad y la reproductividad de la vida.

Resultados y discusiones

La invención de América y su naturaleza

Quisiera remitirme brevemente a la invención de América no como hecho histórico y empírico del “descubrimiento”, sino desde una construcción social establecida de lo que llamamos “naturaleza americana” para comprender el extractivismo-minero en su esencia, como configuración del horizonte extractivo-cultural de Europa sobre este continente, apoyándome en el trabajo de Edmundo O’Gorman (1958).

Las ideas que predominaban antes de inventar el “nuevo mundo”, estaban circunscritas a las teorías cosmográficas de lo que se denominaba orbis terrarum, cuyo significado es Isla de la Tierra, la cual alojaba aquella porción del globo integrado por Europa, Asia y África. Esta tierra fue asignada al hombre por Dios para que el hombre viviera en ella con exclusión de cualquiera de las otras partes (O’Gorman, 1958, p. 50). Esta era considerada El Mundo. Lo que está por fuera de ella era, desde la tradición cristiana, el orbis alterius significaba el mundo de los otros, las antípodas y de los paganos.

Cristóbal Colon en sus cuatro viajes después de 1492, como dice O’Gorman (1958), no descubrió a América, porque no tuvo conciencia de ello desde el momento de su desembarco en las Islas del Caribe, sino que había llegado a Asia cortando caminos por el mar atlántico hacia el extremo de oriente. En su camino encontró mil cuatrocientas islas, trecientas treinta y tres lenguas de tierra-firme, que según él hacía parte de Asia. En ese

sentido, América no existe como ente ontológico y real pese al inesperado suceso de encontrar una masa colosal de tierra en el intermedio de Europa occidental y el extremo oriental en el Atlántico. Aun América era imprevisible, sólo era mera posibilidad futura. El proyecto de Colon consistía en atravesar el Océano Atlántico para alcanzar las costas y litorales extremos orientales del orbis terrarum para unir a Europa y Asia mediante esta ruta más “corta en tiempo”. La teoría geográfica que se manejaba era la siguiente: la Isla de la Tierra y los mares formaban una base esférica, tratándose de un globo. En principio los viajeros podían llegar al extremo oriente por el occidente. El único problema era si el viaje era realizable. Sin embargo, el navegante le explicó a la corona española que la Isla de la Tierra era más extensa y amplia que los mares que lo rodeaban, cuyo argumento lógico concluían que el mar no era tan grande como se decía, por lo tanto, era factible que llegase al otro extremo. Al tocar tierra:

Una isla pequeña en la noche del 12 de octubre de 1492, Colon pensó que ésta hacía parte del archipiélago de las costas del orbis terrarum del que había escrito Marco Polo, isla la cual, dice, venían los servidores del Gran Kan, emperador de China para ‘cosechar esclavos’, y vecina, de la celeberrima Cipango (Japón), rica en oro y piedras preciosas. (O’Gorman, 1958, p. 33).

Este almirante creyó que por el simple hecho de hallarse habitada había tocado parte del extremo oriente, pero se trataba de una creencia que le asignaba a esta parte de la Isla de la Tierra un sentido, una especie de ser. Esa gran extensión de tierra que conocemos como América revestía el ser de la imagen de Asia. El

punto al que quiero llegar con esta explicación y basándome en este autor, es que no es lo mismo el sentido del Ser atribuido a la existencia de que esa tierra sea el orbis terrarum, a que sea el Ser de América por las implicaciones epistémicas en la configuración de la “naturaleza americana”, al estar por fuera de las partes que componen el orbis terrarum. En otras palabras, con la explicación de que estas tierras pertenecen a Asia no fue posible romper la cosmografía cristiana sobre la geografía que contenía el espíritu diezmado europeo, dado que ésta fue preconcebida por Dios. Creencia que le asignó la imagen estática del universo al paisaje identificado.

Explica O’Gorman que este universo “es ajeno e irreductible, en el cual el hombre es huésped extraño, inquilino de una isla que no debiera existir, donde, prisioneros, vive en eterna condición de siervo temeroso y agradecido” (O’Gorman, 1958, p. 37). Tener otras respuestas sobre lo que significó el primer desembarco en las islas desconocidas, implicaba una transformación total del sistema de creencias-geográficas establecidas. La angustia que despertaba decir que el “descubrimiento” era otro orbis de igual o mayor tamaño suscitaba imaginaciones al hombre sobre la escapatoria de esa prisión dada por Dios, cuya consecuencia acarrearía en concebir de otro modo la estructura del universo y despertaría la idea de ubicar al hombre por fuera del Ser asignado por el creador. Se anunciaba así una crisis ontológica porque lo encontrado en el supuesto orbis terrarum no correspondía con las descripciones iniciales escritas con su ser cosmográfico. En ese sentido, podemos decir que la primera liberación-constitución del hombre-moderno de la cárcel cósmica creada

por el Dios fue este acontecimiento, por la “arcaica manera de concebirse así mismo [...], advino de concebir a América como el escenario de libertad y el nuevo Adán de la cultura occidental” (O’Gorman, 1958, p. 38).

El sistema de creencias cristianas sobre el mundo, dados los nuevos datos empíricos era una proeza difícil de mantener, la gran masa de tierra que va de norte a sur ubicada en el medio del extremo occidental y oriental ya vaticinaba la ruptura cosmográfica de la Isla de Tierra como el único mundo y que había otro ente que necesitaba asignársele un Ser, su sentido. Nace entonces, en 1507, lo que conocemos como América (América fue el nombre asignado por Américo Vespucio en su versión femenina, dado que Europa, Asia y África son nombres femeninos), no como una isla separada del orbis terrarum sino como un continente, con entidad distinta e individualizada por lo europeos. La creación cultural-occidental de este nuevo ente, América, devino en dos perspectivas para los propósitos que quiero subrayar aquí: la configuración u origen del habitus conquistador y la naturaleza americana.

Varios autores entre ellos Dussel y Mignolo usaron esta historia en su mayor complejidad para explicar el advenimiento de la modernidad/colonialidad. En el presente texto uso esta lectura histórica para hacer énfasis en la concepción ambiental y sistema de relacionamiento colonial con la naturaleza.

Se decía entonces que el orbis terrarum compuesto por tres partes excluyentes (Europa, Asia y África) era el mundo. Con los hallazgos de las diversas expediciones la concepción tradicional y provincialista del

mundo transformó la conciencia de los hombres europeos, dado que los límites que imponía el mar fueron superados y por tanto las tierras halladas fueron incorporadas dentro de la orbis terrarum.

El universo asignado por Dios perdió su sentido dado que el hombre europeo tomaba posición de la realidad de los mundos, lo cual significaba apoderarse de la casa. El mundo no es algo dado y “le pertenece [al hombre] a título propio” (O’Gorman, 1958). El apoderamiento del universo por parte del hombre se dio con este desprendimiento del sistema de creencias-geográficas y de pensamiento porque el universo dejó de ser cosa extraña y ajena al hombre. Concluye O’Gorman que este universo “se convirtió en el infinito campo de conquista [...] ya no la bondad divina, sino la osadía y eficacia de la técnica del antiguo inquilino convertido en amo” (O’Gorman, 1958, p. 57). Es decir, el hombre se proclamó amo, dueño y soberano sobre el universo. Dejó de concebirse a sí mismo como ser limitado y siervo prisionero para convertirse en dueño y señor de su futuro. Muchos autores han nombrado que este proceso dio paso al renacimiento, pero nótese una cosa, no fue posible tal renacer del hombre europeo sino fuera por la asignación de sentido a la nueva entidad geográfica de América. El habitus conquistador o el ego conquiro (Dussel, 1992) tiene su origen cuando nace América, su naturaleza, su Ser.

Si bien el orbis terrarum era una sola entidad física y continua de tierra, lo sabemos por la cosmografía de la época, que existía diferencias de índole espiritual. En otras palabras, la individualización de las partes que integraban la Isla de la Tierra correspondía a la organización

cultural del mundo desde el punto de vista jerárquico, donde Europa ocupaba el primero de los peldaños no por razones de “abundancia natural”, sino porque se estimaba como la más perfecta de las sociedades del mundo. Entonces, ¿Cómo nace y cuál es la esencia, el sentido y el ser de América en ese diseño global cosmográfico?

Gracias a la información recopilada de América sobre sus habitantes, creencias, organización, plantas, riquezas entre otras, Santo Tomás explicó que los monstruos de las tierras por fuera de la orbis terrarum también son hombres, que participan de la misma naturaleza que los europeos, asiáticos y africanos. El origen del indio americano descende del tronco común de la humanidad, por lo tanto, se benefician del sacrificio de Cristo. La explicación del “origen indio americano” dio paso para que la cultura de los indios fuera integrada a la historia universal, pero no quedaron excluidas de la estructura jerárquica epistémica, económica, política, cultural y extractiva del mundo. En la famosa defensa de Las Casas sobre los indios que estaban siendo exterminados y aniquilados por los barbaros españoles, acudió a los preceptos de la no simultaneidad de la cultura como justificativa de que los indios, al permanecer al margen de las enseñanzas de la palabra de Dios, se les había permitido no tener una verdadera humanidad. Así, se inició la América a través de la toma forzosa de la tierra y de la articulación cultural a los diseños extractivos-geográficos globales (Mignolo, 2003).

La captura de los territorios y de la evangelización de los cuerpos fue el marco dual por la cual América guardaba la posibilidad de Ser otra Europa. Surge así la denominación del

“nuevo mundo” mediante la prolongación del “viejo mundo”. Mignolo (2003) explica entonces que “durante el siglo XVI, cuando ‘América’ empezó a ser conceptualizada como tal, [...] estaba implícito que América no era ni la tierra de Sem (el Oriente) ni la tierra de Cam (África), sino la prolongación de la tierra de Jafet”. (p. 59). En definitiva, el ser ontológico de América es creado en el proceso mismo de transformación del sistema de creencias y del pensamiento espacial a imagen y semejanza de su inventor europeo. Explica Santiago Castro-Gómez (2005) que “la civilización europea ha mirado todo lo que no pertenece a ella como “barbarie”, es decir, como naturaleza en bruto que necesita ser ‘civilizada’ para extraer la naturaleza” (p.48). El hombre europeo construyó la realidad y la historia universal a través del nuevo ser que fue constituido no sólo por la “invención de América”, sino que al encontrar lo desconocido se autodefinió como centro geocultural del mundo. En efecto, “Europa asume la historia universal y los valores y las creencias de la civilización europea se ofrecen como paradigma histórico y norma suprema para enjuiciar y valorar las demás civilizaciones” (O’Gorman, 1958, p. 63), no por la fuerza interna de Europa o por medio de un proceso autopropulsor de poder hacia afuera, sino de la configuración extractiva de otros territorios y cuerpos que le brinda centrípetamente su capacidad y su fuerza. Concluye Dussel que la modernidad no es entonces,

Un fenómeno que pueda predicarse de Europa considerada como un sistema independiente, sino de una Europa concebida como centro. Esta sencilla hipótesis transforma por completo el concepto de modernidad, su origen, desarrollo y crisis contemporánea (...) la

centralidad de Europa en el sistema-mundo no es fruto de una superioridad interna acumulada durante el medioevo europeo sobre y en contra de las otras culturas. Se trata, en cambio, de un efecto fundamental del simple hecho del descubrimiento, conquista, colonización e integración (subsunción) de Amerindia. Este simple hecho dará a Europa la ventaja comparativa determinante sobre el mundo otomano-islámico, India y China. La modernidad es el resultado de estos eventos, no su causa. (Dussel, 1999, pp. 148-149).

He aquí el origen del extractivismo-moderno-minero, no definido desde las técnicas y el avance tecnológico, como la capacidad de transformación de la naturaleza, que en nada tiene que ver con la clásica idea de asociar la modernidad con los avances de una ciencia dieciochesca, sino que tiene que ver, en estricto sentido, con la configuración del sujeto conquistador a través de lo que llamamos América como periferia y Europa como centro a través de la ruptura espacial y del pensamiento. En otras palabras, la modernidad/colonialidad se configuró por la superación del espacio-tiempo y su relación con el pensamiento, al vincular la historia de dos geografías desde una relación de poder jerárquica. Dice Quijano (2000) que la superación del viejo espacio-tiempo resultó de la transformación intersubjetiva y material de las relaciones sociales. El nuevo patrón de poder incluye el extractivismo como manifestación de una nueva materialidad que configura el sistema-mundo capitalista.

El extractivismo-minero es, entonces, un proyecto diseñado en 1492 cuya ejecución fue darle existencia al Ser histórico americano para

mantener con vida al “viejo mundo”, mediante el envío de naturaleza y la sujeción cultural del “nuevo mundo” a la historia teleológica universal guiada por Europa.

En ese sentido, la actitud colonial de la naturaleza tiene que ver en cómo el “conquistador” crea un imaginario y discurso sobre la naturaleza del Otro a partir de su sistema de creencias, para proyectar sobre éste una práctica de dominación geográfica y cultural desconociendo/inferiorizando la producción histórica, biológica, geológica y política del ser humano aborígen. Estas representaciones e imaginarios definen lo que se denomina la “naturaleza americana” a partir del conquistador. Ya creado el ser de América como justificativa para la dominación ontológica desde el centro y romper con el cosmos, corresponde analizar la configuración de los imaginarios en el sistema-mundo moderno/colonial (*nova orbis terrarum*) de una naturaleza americana abundante, inferior y escasa para llegar a la *orbis terrarum economicus* como nuevo espacio del hombre moderno, limitado en pensamiento pero sobrepasando límites del ciclo vital de la vida mediante los discursos del desarrollo como última fase de la colonialidad (Machado, 2013)

El mito de la abundancia como representación de la naturaleza americana

El mito está relacionado con contenidos sensibles a través de imágenes que responden a una forma de pensamiento en particular. Se ha dicho que el mito es propio de las comunidades no racionales que inventan historias no verídicas, divinidades o mitológicas. Incluso se entiende como una mentira. Sin embargo, en

este escrito el mito es entendido como una creación propia de todas las sociedades y culturas, sean verídicas o no, que determinan prácticas sociales, imágenes y representaciones sobre otros o lo desconocido e incluso en el diseño de las políticas. Todos los mitos son racionales para las sociedades quienes los crean y los reproducen. Dicho de otra forma, cuando se busca someter a otro y robar sus riquezas se producen representaciones que permitan crear una imagen estereotipada que justifique el despojo y muerte.

El mito de la abundancia es una expresión de la práctica de conquista en América Latina, que creó formas simbólicas de representar geografías y espacialidades de lo desconocido. De allí, que cuando pensemos en la Patagónica, en la cordillera de los Andes, en la Amazonia, en el Tapón del Darién, en la región del Chocó o en la gran cuenca del Río Paraná tengamos como representación directa la imagen de la abundancia, de paisajes extremos y de una profunda diversidad ecosistémica, mucha agua y variedad infinita de minerales, especies vegetales, animales y forestales. Tal imagen es una manifestación de la colonialidad de la naturaleza que ha perdurado en los 526 años de colonialidad, es decir, la modernización de los territorios comienza desde esta representación cuando describimos el contenido y no pensamos los sentidos diversos de los territorios. Miremos algunos elementos característicos de esta colonialidad de la naturaleza desde sus comienzos.

Los iniciadores de esta representación fueron los conquistadores españoles que emprendieron una búsqueda de “riquezas ilimitadas” por el asombro de una selva

profusa, de mejores frutos y de tupidos follajes. La naturaleza americana es:

Prodiga, rica opulenta en nuevos y raros frutos y flores; con seres maravillosos de una fauna, mitad real y mitad fantástica, desarrollada en la cálida temperatura de un clima tropical; donde nunca hace frío y donde todo se encuentra al alcance de la mano. (D'Ardois, 1984, p. 5).

Fue así como nacieron los primeros “mitos” de América cuya fantástica realidad fue superada por una fantástica imaginación, en un contexto que demandaba una imaginación creativa frente a lo desconocido. La “invención de América” fue producto de una enunciación “fantástica” sobre la naturaleza, la cual permitió enriquecer el imaginario de codicia en el mundo occidental. O sea que, el extractivismo-minero fue cofundado con la invención de América, a partir de la fundación del discurso representativo de la naturaleza como paraíso terrenal [lugar de saqueo], pero también como tierra de gracia para los europeos.

Las crónicas de las indias es el medio por la cual fue representada la primera naturaleza americana en el nuevo mundo. Así, por medio de éstas se permitió explicar la sorpresa y la curiosidad de la “nueva” geografía, las poblaciones y la naturaleza. La abundancia fue creada a partir de la emotividad, de la subjetividad y de lo fabuloso.

Los cerros y las montañas de oro fueron creados de acuerdo con esa representación del “nuevo continente”, que atrajo miles de expediciones a los territorios que venían siendo ocupados por los “colonos”, tanto para evangelizar la amorfa cultura y la

monstruosidad de lo desconocido [el buen salvaje] como para saquear [la tierra prodiga] la naturaleza exuberante. De la imaginación brotaba oro y plata y como compensación, América pagaba por su conquista a Europa. Hernán Cortés sentenció que “nosotros, los españoles, padecemos de una enfermedad del corazón, para la cual el remedio específico es el oro. Vine en busca del oro y no para trabajar la tierra como peón” (Frank, 1973). En ese sentido, el extractivismo-minero es una manifestación colonial sobre los territorios a partir de unas geografías imaginadas asociadas a espacios de saqueo.

Fray Bartolomé de las Casas (2011) en sus escritos llamados “Brevisima Relación de la Destrucción de las Indias” detalla con mayor precisión las consecuencias del imaginario extractivo-minero. Todas las masacres cometidas por los españoles fueron por la búsqueda de grandes sierras o minas de oro, plata y cobre. Si los conquistadores no encontraban oro, esclavizaban a los indígenas en las minas, los intercambiaban por mercancías o se los daban a los perros de comida, violaban y sometían a las mujeres y/o quemaban a los indígenas vivos para generar terror y miedo con el propósito de acceder a las riquezas escondidas por los pueblos invadidos. Vale decir que, la mujer desnuda es la expresión de la América misma reclinada al hombre europeo como nos lo recuerda Silvia Federici (2011)

Es decir, la carnicería de los indígenas era proporcional a la ambición por el oro. En ese sentido, el principio de atesoramiento consustancial resulta tanto de la conquista violenta (invasión) y de la asimilación por conquista (evangelización). De allí, el dicho

franciscano “que donde no hay indios, no hay plata y donde no hay plata, no entra el evangelio”.

Ahora bien, la naturaleza americana fue tomada no sólo a sangre y fuego (Marx, 2013) sino también fue considerada como una manifestación de la divinidad del Dios europeo-cristiano sobre este continente. Se consideró que alabar la naturaleza era como alabar al mismo Dios en su “diversidad”. El cronista Fernández de Oviedo viajó a América Latina para constatar que las diferentes formas de vida no pueden ser otra cosa que la manifestación divina de Dios, su imagen sobre la naturaleza americana era la siguiente:

¿Cuál ingenio mortal sabrá comprender tanta “diversidad” de lenguas, de hábitos, de costumbres en los hombres de estas Indias? ¿Tanta “variedad” de animales, así domésticos como salvajes y fieros? ¿Tanta “multitud” inenarrable de árboles, copiosos de “diversos” géneros de frutas, así de aquellos que los indios cultivan, como de los que la Natura, de su propio oficio, produce sin ayuda de manos mortales? ¿Cuántas plantas y hierbas útiles y “provechosas” al hombre? ¿Tanta diversidad de aves de rapiña y de otras raleas? ¿Tantas montañas altísimas y fértiles, e otras tan “diferenciadas” e “bravas”? ¿Cuántas vegas y campiñas dispuestas para la agricultura, y con muy apropiadas riberas? ¿Cuántos montes más “admirables” y “espartosos”? “¿Cuántos valles, flores, llanos y “deleitosos”!... ¡Cuántos y cuán “poderosos” ríos navegables! ¡Cuántos y cuán “grandes” lagos! ¡Cuántas fuentes frías y calientes, muy cercanas unas de otras! ¡Cuántos pescados de los que en España conocemos, sin otros muchos que en ella no se saben ni los vieron! ¡Cuántos mineros

de oro y plata y cobre! ¡Cuánta suma preciosa de marcos de perlas y uniones que cada día se hallan! ¿En cuál tierra se oyó ni se sabe que, en tan breve tiempo, y en tierras tan apartadas de nuestra Europa, se produjesen tantos ganados y granjerías, y en tanta “abundancia” como en estas Indias ven nuestros ojos, traídas acá por tan amplísimos mares? (Fernández de Oviedo: libro 1) (Serna, 2010, p. 255).

Este imaginario de la naturaleza como “abundancia” fue estableciéndose en la mentalidad y cuerpos de los “conquistadores” que permanecen hasta la actualidad en las oligarquías eurolatinoamericanas. En el siglo XVII los naturalistas y filósofos establecerían otras verdades predeterminadas y acabadas sobre la naturaleza americana, en su condición de inferiorización y de la debilidad de las especies no tanto desde la ciencia moral cristiana, sino desde lo que vendría a llamarse la ilustración, que pretendió sistematizar un conjunto de datos sobre el “nuevo mundo” poniendo en duda las teorías seculares y pseudocientíficas de esa primera naturaleza, a partir de teorías que justificaron de otra forma la misma dominación/conquista.

Debilidad e inferiorización de la naturaleza americana

Un ejemplo clásico para justificar que la naturaleza americana es “débil e inferior”, fue puesto por Georges-Louis Leclerc de Buffon, naturalista francés, al contraponer las especies animales del “nuevo mundo” con las del viejo mundo y sometió a juicio tal comparación. “El puma, propio del nuevo continente, es frente al león un carnívoro pequeño y por tanto débil”. De igual forma, planteó que, para acabar con la confusión que tenían los europeos por las ideas

de la naturaleza imaginariamente construida como sorprendente y fantástica descrita en las “crónicas de las indias”, era necesario someterla a la comparación metódica para acabar con los mitos de lo desconocido, pero también para fundar otros.

En sus disertaciones sobre América, un espacio que nunca conoció, este naturalista planteó su teoría en el libro *Historia de la naturaleza* (1749) sobre la inferiorización tanto de la naturaleza como de las culturas americanas desde una explicación basada en la historia de la tierra, llegando a la conclusión de que la hoy Europa fue donde se dieron los primeros indicios de vida de los animales grandes sobre el planeta, por lo tanto esto explica la superioridad sobre las tierras del sur por ser la primera zona en generar las condiciones ambientales para dar vida a la civilización humana. Al respecto sentenció:

Todas estas consideraciones nos llevan a creer que las regiones de nuestro norte, tanto en el mar como en la tierra, no sólo fueron las primeras fecundadas, sino que fue también allí donde la naturaleza viva alcanzó sus mayores dimensiones. ¿Cómo se explica la prioridad de formación concedida exclusivamente a la región del norte frente a las demás partes de la tierra? Porque, por ejemplo, América meridional en cuyas tierras solo hay animales pequeños y en cuyos mares únicamente está el manatí que, en comparación con la ballena, es tan pequeño como el tapir comparado con el elefante, vemos, digo, por este llamativo ejemplo, que en las tierras del sur la naturaleza jamás ha producido animales comparables en tamaño a los del norte (Buffon , 1997 [1749]: 280, (Castro-Gómez, 2005)

Siguiendo esa línea naturalista, se concibió la tierra del sur y sus especies como un espacio húmedo, lleno de enfermedad que se manifiesta en la debilidad de sus especies porque en este continente la vida llegó tarde. En ese sentido, la naturaleza americana no puede ser la tierra de donde germine una civilización como la europea, porque la historia natural le ha permitido al hombre europeo desarrollarse complacientemente desde su trabajo, por eso los indígenas son gente débil y frágil porque la “naturaleza los absorbió” además de no desarrollar ninguna fuente racional sobre ella. Al respecto, John Locke citado por Castro-Gómez (2005) profundizó esta idea al subrayar que el “primitivo” no conoce la fuerza de trabajo en una naturaleza abundante.

Demostración palmaria de ellos es que varias naciones de América que ‘abundan en tierra’, escasean en cambio, de las comodidades de la vida; la ‘naturaleza’ las ha previsto con tanta liberalidad como a cualquier otro pueblo de toda clase de productos y materiales, es decir, ‘suelo feraz’, apto para producir en ‘abundancia’ todo cuanto puede servir de alimentos, vestido y placer; sin embargo, al no encontrarse beneficiadas por el trabajo, no disponen ni de una centésima parte de las comodidades que nosotros disfrutamos; reyes de un territorio dilatado y fértil se alimentan, se visten y tienen casas peores que un jornalero inglés. Pues bien, en los tiempos primitivos todo el mundo era una especie de América.

Gran parte de las discusiones de la era de las luces giraba sobre la admiración de la capacidad del hombre de dominar la naturaleza y moldearla para su provecho y beneficio. El naturalista Buffon sentenció que “el hombre

americano es endeble porque ha sido incapaz de “domar” y alterar el ambiente. Ha sido absorbido por la naturaleza fría y húmeda, que incluso le provoca debilidad física e impotencia sexual” (Citado en Serna, 2010, p. 258). Es decir, la naturaleza americana es débil porque el hombre no la ha dominado como lo ha hecho el europeo en su contexto de escasez. Dicho de otra manera, la comparación entre los dos continentes, el viejo continente es el espacio ideal de reproducción de la vida de la civilización que ve al “nuevo mundo” como extraño y carente pese a su abundancia.

La debilidad de la naturaleza americana viene de esta forma “ilustrada” de producir realidades y conocimientos supuestamente empíricos para justificar la dominación de una especie y etnia sobre otras. Así, las descripciones “afectivas” y valorativas de la naturaleza realizadas por los españoles fueron puestas en duda por los tratados científicos e ilustrados para continuar la justificación de la superioridad racial europea sobre todas las formas de vida en América. Básicamente, América se volvió la canasta y almacén de “recursos” al antojo de los europeos (Villoro, 1963) que por un lado necesitaban de nuevas justificaciones para continuar la explotación y envío de la naturaleza y segundo mantener el diseño global desde una base científica, filosófica y geográfica dejando atrás la cosmografía cristiana.

La naturaleza americana como imperfecta y el establecimiento de la no simultaneidad se vuelven excusa para justificar teóricamente, a través de la ciencia y de la filosofía, la dominación, a partir de las supuestas leyes de la naturaleza que rigen las sociedades hacia el progreso. Un pasaje Leclerc va a desvirtuar esa

primera naturaleza preconcebida por los españoles y establecerá un segundo elemento de la naturaleza americana:

Me parece que no se puede dudar cuando se pone atención a su pequeño número, a su ignorancia y al poco progreso que los más civilizados entre ellos habían hecho en las artes, pues, aunque las primeras relaciones del descubrimiento y de las conquistas de América nos hablen de México, de Perú, de Santo Domingo, etc., como de países muy poblados y nos digan que los españoles tuvieron que combatir por doquiera a ejércitos muy numerosos, es fácil darse cuenta de que esos hechos están muy exagerados, en primer lugar por los pocos monumentos que restan de la supuesta grandeza de esos pueblos; segundo, misma de su región, que, aunque poblada de europeos más industrioses sin duda que los nativos, sin embargo aún es salvaje, inculta, cubierta de bosques y, por otra parte, sólo forma un grupo de montañas inaccesibles, inhabitadas que, por consiguiente, no dejan más que pequeños espacios propios para ser cultivados y habitados. (Buffon, 1986, p. 238)

Gran parte de la era de la ilustración consistió en demostrar que la naturaleza “abundante” es débil para auto-invocar la superioridad racial y geografía sobre los otros. Los diversos escritos de los “ilustradísimos” filósofos europeos sirvieron para justificar la tesis de la inferiorización de la naturaleza en relación al hombre-blanco europeo, que además de “industrioso” y superior, conoce los lenguajes de la naturaleza “verdadera” a partir de observaciones empíricas y posee la fuerza de trabajo necesaria para satisfacer las necesidades y los deseos del hombre.

Cornelis De Pauw (1739 – 1799), geógrafo al servicio del clero en Amsterdam y “experto en América”, lugar que tampoco visitó, sentenció que al hombre americano le falta espíritu porque es un hombre degradado, es decir, la naturaleza degradó al hombre dado que no piensa y por tanto permanece en estado de inacción. El nuevo continente representaba “pestilencia, inculto, viciado y abandonado a sí mismo” (Villoro, 1963, p. 238). La objetividad de la ciencia a través de hechos empíricos hablaba por sí mismo de la debilidad de la naturaleza y por tanto de la concepción negativa sobre América.

El nativo americano, estrictamente hablando, no es virtuoso ni malvado. ¿Qué motivo tiene él para serlo? La timidez de su alma, la debilidad de su intelecto, la necesidad de proveer para su subsistencia, los poderes de la superstición, las influencias del clima, todo lo llevan lejos de la posibilidad de mejora; pero él no lo percibe; su felicidad es no pensar; permanecer en perfecta inacción; dormir mucho; no desear nada cuando su hambre es apaciguada; y preocuparse por nada más que por los medios para conseguir comida cuando el hambre lo atormenta... continúan como bebé hasta la última hora de su vida. Por su naturaleza lenta en extremo, es vengativo a través de la debilidad y atroz en su venganza.

Los europeos que pasan a América degeneran, como lo hacen los animales; una prueba de que el clima es desfavorable para la mejora de un hombre o un animal. Los criollos, descendientes de europeos y nacidos en América, aunque educados en las universidades de México, Lima y College de Santa Fe, nunca han producido un solo libro. Esta degradación de la humanidad debe imputarse a las cualidades viciadas del aire estancado en sus inmensos

bosques, y corrompido por los vapores nocivos de las aguas estancadas y los terrenos baldíos. (Pauw, 1975, p. 281)

Bajo la égida de la objetividad, Europa se propone como modelo de todo el universo. La construcción de una ideología particular sobre la naturaleza se ofreció como razón universal a través de la filosofía moderna, que no fue otra cosa que una visión privativa del europeo cobijada por doctrinas filosóficas y teleológicas universales. Señala Luis Villoro (1963) que la universalización subjetiva de lo particular en que incurren los postulados filosóficos, está revelando la ideología oculta bajo la ciencia. ¿Cómo se explica que la naturaleza americana es débil filosóficamente, cuando le ofreció a España y Portugal el lugar de dominio geopolítico del mundo a través del saqueo? ¿Cómo se explica la guerra entre potencias europeas por la naturaleza americana siendo ésta un espacio pantanoso, de especies débiles y por tanto de lugar plagado de reptiles y anfibios? La ciencia moderna-europea justifica el dominio a través de la inferiorización y representación sobre lo que se desea dominar. A la muestra están los naturalistas de Buffon y el geógrafo Paw.

Si bien es cierto que la naturaleza como abundancia fue racionalizada y clasificada, no por ello significó que el sujeto conquistador de la primera concepción fantástica de la naturaleza hubiese desaparecido en los europeos. El francés geodesta La Condomine, quien se consideró ante la Real Academia de Ciencias de París como el mismísimo Cristóbal Colón del Amazonas, por sus hallazgos tras encontrar nuevas plantas, paisajes nuevos y hombres en esta parte del continente, expresó que Francia podría ser una “potencia amazónica” si es estudiada en detalle. En sus

escritos científicos, la naturaleza parece ser estudiada pero aun guardando el imaginario de la abundancia.

Cabe resaltar que el español Francisco de Orellana en el siglo XVI se proclamó descubridor de las amazonas, que a través de sus relatos describió una amazonia extrema y de la leyenda de las mujeres amazonas. En el siglo XVIII se reemplaza la historia por un francés y los tratados de clasificación científica.

Me atrevo a decir que la ‘multitud’ y ‘diversidad’ de árboles y de plantas que se encuentra en los márgenes del río Amazonas, en toda la extensión de su curso desde la cordillera de los Andes hasta el mar, y en las orillas diversos ríos sus tributarios, darían muchos años de trabajo al más laborioso botánico y ocuparían a más de un dibujante. No pienso hablar aquí sino del trabajo que exigiría la exacta descripción de estas plantas y su clasificación en género y especies. [...] no cabe duda de que la ignorancia y el prejuicio (refiriéndose a los antiguos conocimientos descriptivos de la naturaleza) habrían multiplicado y exagerado mucho estas virtudes, pero la quinina, la ipecacuana, el simarabu, la zazaparrilla, el aguayacol, el cacao, la vainilla, serán las únicas plantas útiles que encierren América en su seno? (La Condamine, 1992 [1745]; Castro-Gómez, 2005).

Emprender nuevas investigaciones significa “descubrir” qué recursos son necesarios “extraer” en los territorios coloniales para que Europa sea moderna. Explotar territorios no occidentales haría posible que en Europa la abundancia se tradujera en bienes de consumo de la civilización/capitalista no solamente en

términos de una plusvalía o renta sino también en términos de plusvalía ecológica (Machado, 2013). Dice el mismo francés que los productos ya vinculados a las geografías desiguales como el cacao y la vainilla eran comercializados en Europa por “su gran utilidad”, estudiados por la ciencia y aceptada entre los consumidores. Además de preguntarse qué otras plantas o especies pueden ser ingresadas en la cadena de comercialización en el Atlántico que unía los dos continentes. En definitiva, estaba diciendo que “recursos naturales” debían ser extraídos del Amazonas luego del detallado estudio de las especies.

En esa senda de justificación invasiva, el mismo autor sentencia que los habitantes de este reino animal tienen características donde se traslapa la geografía, inteligencia y color de piel. Señala que el ser de estas tierras es:

[...] apático y estúpido porque nace sin duda, del corto número de sus ideas, que no se extiende más allá de sus deseos. Glotones hasta la voracidad, cuanto tienen con qué satisfacerla... enemigos del trabajo; indiferentes a todo estímulo de gloria, de honor o de reconocimiento; preocupados únicamente del presente y siempre supeditados a él; sin inquietud por el porvenir; incapaces de previsión y reflexión; entregándose, cuando nadie los atemoriza [buen salvaje], a una alegría pueril, que manifiestan con saltos, carcajadas inmoderadas, sin objeto y sin designio, pasan su vida sin pensar y envejecen sin salir de la infancia, de la que conservan todos sus defectos. (La Condamine, 1992 [1745], Castro-Gómez, 2005).

De las dos frases mencionadas por el ilustrado francés, es observable la relación entre la

clasificación de las especies y la inferiorización de las otras etnias. No es posible desligar estos dos aspectos cuando se trata de comprender la colonialidad de la naturaleza. La “colonialidad de la naturaleza” sería entonces el resultado de la confluencia de estos dos aspectos: por un lado, se clasifica la naturaleza [tierra grata] para aprovechar su abundancia y por el otro se racializa a los otros seres humanos [buen salvaje] para despojarlos de su naturaleza, de sus territorios. La fuente y núcleo del extractivismo-minero está en esto, que hoy día se reinventa bajo los discursos del desarrollo sostenible y de la coeficiencia.

La reinención de la abundancia desde el mito de la escasez

Las dos concepciones de la naturaleza anteriormente mencionadas son expresiones del eurocentrismo que pretendieron probar que América Latina es un espacio de riquezas imaginadas para poderla subyugar. Sin embargo, existe otra concepción como consecuencia de la caída de las visiones anteriores, porque parece que ya no hay abundancia para todos, sino escasez producida o inducida para las mayorías. Dicho de otra manera, la civilización-occidental de muerte produjo la disminución de los ecosistemas por la destrucción ampliada de la vida, en simultánea expansión de los imaginarios de la naturaleza ilimitada e inferiorizada como colonialidad. De allí, que muchos hablen de una crisis ambiental desde los nuevos lenguajes de administración de la naturaleza bajo el discurso de la sostenibilidad y de la ecoeficiencia, que tiene como propósito mantener los imaginarios de la abundancia para que continúe el envío de la naturaleza a los

centros de consumo mundial, pero transfiriendo la escasez a los territorios de donde son extraídos los minerales, los combustibles fósiles y el agua. Muchas comunidades y pueblos quedaron con aquellos imaginarios implantados como colonialidad por los europeos en los últimos siglos, que en efecto se preguntan porque tanta riqueza y a la vez tanta pobreza. Un daño epistémico hizo en este continente los europeos con sus lógicas tóxicas de ver la naturaleza, porque en efecto cuando pensamos que la naturaleza es abundante, dejamos por fuera otras racionalidades de la vida (Bautista, 2015) que la considera como lo suficiente para vivir.

En la actualidad existen muchos conquistadores que posan de presidentes y representantes de los pueblos, hablan del ahorro del agua y del aumento de las tarifas por el crecimiento del consumo de energía en épocas de insuficiencia de lluvia, pero a la vez abren reservas extractivas-mineras que requieren grandes cantidades de agua y energía. Es decir, la abundancia es un mito burgués como representación de riqueza, a la vez que producen la escasez de los pueblos que habitan donde la abundancia es posible en la imaginación. De igual manera, el presidente no electo democráticamente, Michel Temer, en Brasil, manifestó que “O Brasil é um país extraordinario, possuimos “recursos naturais em abundância, temos um agronegócio exuberante que “não conhece crises”... “ordem e progresso” sempre caminham juntos” (Planalto, 2016). O de forma sucinta Rafael Correa delineó que “No podemos ser mendigos sentados en un saco de oro” (Alier J. M., 2012). O de manera más bestial y llevado al extremo, el presidente de Argentina en el marco del Foro Económico Mundial sentencio

“yo creo que la asociación entre Mercosur y la Unión Europea es natural, porque en Sudamérica todos somos descendientes de europeos” (Argentina, 2018) En ese sentido, la reprimarización de las economías no es más que la continuidad colonial de la naturaleza que inicio en los albores del encubrimiento colonial (Dussel, 1992)

Los discursos no son sólo lenguaje sino practica a la vez. La abundancia como mito ha generado condiciones de posibilidad que explican la pertinencia de instituciones modernas como centros de investigación, entidades de financiamiento, ministerios de medio ambiente, autoridades ambientales y agencias de cooperación ambiental internacional. Incluso, el turismo ecológico basado en la admiración de la “exuberancia de la naturaleza” ha creado especulación y a la postre despojo. Nadie se salva de este mito que reproducimos diariamente bajo las lógicas del desarrollo sostenible y de la ecoeficiencia, porque ya no es posible explotar sin controles, ya no es posible saquear sin poner límites y ya no es posible contaminar sin los mínimos permitidos, lo que configura la idea del acceso a la abundancia regulada para pocos en contextos de masificación de la escasez para muchos. Es decir, la “escasez de la abundancia” vendrá a marcar un “nuevo” significado sobre la naturaleza en la actualidad. Si esto es verdad, la crisis ambiental es el resultado de la ampliación de estos mitos blancos eurocéntricos en este continente. No se trata de buscar la causa fundacional de dicha crisis, pero sí de sumar a la explicación de la imposibilidad de su superación dada la permanencia de la naturaleza americana como colonialidad, perspectiva que es ignorada en los diversos informes que diagnostican los límites del

crecimiento y nos dan las recetas para su superación.

El informe de los “límites del crecimiento” de 1972, realizado por el Club de Roma, estableció la importancia de la “producción” y “creación de la naturaleza” en un diagnóstico explicando que:

Si el actual incremento de la población mundial, la industrialización, la contaminación, la producción de alimentos y la explotación de los recursos naturales se mantiene sin variación, alcanzará los ‘límites absolutos’ de crecimiento [económico] en la Tierra durante los próximos cien años. (Meadows, Meadows, & Randers, 1972).

Si bien se reconoce el planeta como “limitado” en sus “recursos”, especialmente los no renovables, no significó una descolonización de los imaginarios coloniales de la naturaleza ni tampoco una nueva visión donde fueran incorporados otros significados sobre la misma. Posterior a este informe que puso la “cuestión ambiental” en el centro de la discusión global sobre la desigualdad ecológica, en el año de 1992 fue relatado otro informe llamado “más allá de los límites al crecimiento” (Meadows, 2012) donde se exponía la superación de la “capacidad de carga” para sostener el sistema tóxico-capitalista (Meadows, Meadows, & Randers, 1992). Posteriormente, en 2004, una actualización de los dos informes mencionados anunciaría un hallazgo obvio: “no puede haber un crecimiento poblacional, económico e industrial ilimitado en un planeta de recursos limitados” (Donella H. Meadows, 2006). Por último, en el informe de 2012 denominado “Les limites à la croissance” se estableció que

el planeta está en el “límite físico”. Si bien en los últimos 40 años la discusión ambiental ha arrojado “apasionados” debates, no ha significado una ruptura epistémica contra la “abundancia” e “inferiorización” de la naturaleza, al contrario, los ha actualizado por vía de la tecnología en su fase molecular para gestionar el colapso de la falla metabólica (Machado, 2016) y mantener las condiciones aceptables de crecimiento ilimitado. La bioingeniería, lo molecular, lo biogenético y la “perspectiva minimalista” se constituyen en las últimas décadas como campos de conocimiento de la gestión y producción de una naturaleza ilimitada a partir de la creación de la vida.

La configuración de estos paradigmas de la ciencia “ultramoderna” es la síntesis de las perspectivas de la abundancia y de la escasez en el siglo XXI. La búsqueda de soluciones modernas amplía la “toxicidad epistémica” sobre la vida, donde las “generaciones futuras” serán autómatas en la reproducción de la misma producción natural-capitalista. La gestión de la crisis y del riesgo es la nueva construcción de lo “real” a través de la ciencia y la tecnología que actualizan los paradigmas de pensamiento colonial, de allí su carácter neocolonial en la gestión desarrollista-capitalista de la naturaleza. Los prefijos como ‘ecovía’, ‘ecoturismo’, ‘bioregión’, ‘biotecnología’, ‘ecomercado’ aparecen para ocultar el lado oscuro de la modernidad en el rediseño geopolítico de las enunciaciones de la naturaleza como recurso-minero. De igual manera, se dice cínicamente que la ‘minería es verde’, ‘eco minería’, ‘minería sostenible y amigable con el medio ambiental’ como incorporación abusiva de las perspectivas del cuidado de la vida por las industrias mineras

para estar a la vanguardia de los discursos verdes de opresión. El extractivismo-minero presupone un “olvido” del territorio de la cual está hecho el ser humano, pues éste sólo ve un “terreno de conquista” moldeado a su propia imagen y semejanza. Es una falacia entonces que exista eco minería.

Con lo anterior, deseo reforzar que las geometrías de poder extractivo-minero son una especie de geografías imaginadas, en tanto que el mito de la abundancia es una imaginación geopolítica que ha dominado y sometido territorios y cuerpos durante más de 526 años. El proyecto moderno/colonial consiste también en poder transferir la abundancia dada la posición del sur para el norte, desplazando la escasez europea de alimento, de agua y de los bosques a nuestras geografías. Por eso es por lo que la producción del espacio capitalista-moderno/colonial en nuestros territorios tiene la intencionalidad de asegurar el envío permanente e incesante de materia (naturaleza), energía (fuerza de trabajo subalternizada) e información (conocimientos locales), producción que asegura un orden ambiental desigual. A pesar de los cambios y formas de organización en el mundo, permanece intacto el imaginario de la abundancia como principio organizador de la desigualdad ecológica y el gran legitimador del extractivismo-minero.

El siguiente cuadro es una manera de síntesis de las tres concepciones de la naturaleza americana que hemos venimos explorando.

Naturaleza como abundancia	Naturaleza como inferioridad y fuente de escasez	Naturaleza como reinención de la escasez
-----------------------------------	---	---

<p>Primera conquista de la modernidad. Finales del siglo XV, XVI hasta mediados del XVII</p> <p>La naturaleza contiene secretos, es enigmática</p> <p>Tierra grata. Produce imaginaciones de bestialidad-monstruosa.</p> <p>Descripción fantástica del paisaje</p> <p>Incertidumbre</p> <p>Principio de Atesoramiento. Mito de la abundancia</p>	<p>Segunda conquista de la modernidad. Mediados del siglo XVII, XVIII, XIX, XX y XXI</p> <p>La naturaleza se puede controlar a partir del uso racional de los datos.</p> <p>Es caótica.</p> <p>El hombre está por encima de las determinaciones naturales.</p> <p>Absorbe a los hombres</p> <p>Descripción detallada del paisaje (matemática de la vida).</p> <p>Instrumentalidad y ciencia.</p> <p>Escasez ontológica de los hombres.</p> <p>Racialidad natural.</p> <p>Mito de la escasez</p>	<p>Tercera conquista de la modernidad. Comienzo del siglo XX hasta la actualidad.</p> <p>Transformación para la acumulación de capital.</p> <p>Control y producción de la vida.</p> <p>Vista desde lo molecular.</p> <p>Administración de la escasez material para unos y abundancia para otros.</p> <p>Acelerar los ritmos del ciclo de vida.</p> <p>Sostenibilidad y eficiencias de los ecosistemas.</p> <p>Servicios ambientales-ecosistémicos.</p> <p>Discurso de la conservación y protección del medio ambiente.</p>
--	---	--

Fuente: Elaborada por el autor

En ese sentido, tenemos tres concepciones de naturaleza que están mutuamente relacionadas que son las que sustentan el extractivismo-minero desde una mirada colonial. Dicho de otra manera, subjetivamos un largo proceso de los imaginarios de la naturaleza americana que, como dice Quijano (2000), obedece a la “colonización de las perspectivas cognitivas, de los modos de producir u otorgar a los resultados de la experiencia material o intersubjetiva” que comenzó en 1492 y que, hasta ahora, es transversal a todo entendimiento moderno sobre la naturaleza.

No obstante, es importante hacer una claridad teórica sobre el tema de la escasez. Primero, la escasez fue planteada en el siglo XVII y XVIII en la ilustración por filósofos-naturalistas-geógrafos que explicaron que la naturaleza era inferior, dado que los pueblos que cohabitan con ésta eran moralmente imperfectos y sociedades perdidas, lo que significaba que tales pueblos no tienen la capacidad de la fuerza de trabajo y las habilidades de sobrepasar las leyes de la naturaleza. Segundo, con la expansión de una forma de ser y estar en el mundo asociada a la acumulación sin fin (atesoramiento), literalmente la escasez pasa del plano filosófico a la escasez material por la demanda creciente y ampliada de materia y energía en diferentes espacios para la acumulación de capital. Tercero, la crisis ambiental como resultado complejo de estas dos formas de escasez, supuso la construcción del discurso de la gestión ambiental de la escasez para no comprometer los estilos de vida de la desproporcionalidad, a partir del uso eficiente y racional de los “recursos naturales”.

En consecuencia, los significados de la naturaleza americana que alimentan al extractivismo-minero parte de la fusión metalúrgica de los presupuestos modernos de ego-conquiro (Dussel, 1992), ego-cogito, ego-economicus. Dice Enrique Dussel (1992) que el primer hombre moderno es el conquistador, un hombre activo, práctico que impone su individualidad violenta a otras personas y pueblos.

La orbis terrarum, defendida finalizando el siglo XV y principios del siglo XVI, fue un sistema que colapso por la inoperante visión teológico en la interpretación del espacio ante un cosmos inexplorado por el hombre

europeo, que posteriormente absorbió los otros mundos, creando nuevos límites espacialmente y un conocimiento producido sobre lo desconocido dentro de ese espacio considerado como “ilimitado”. Todo indica que tal pensamiento se agotó al no poder sobrepasar los límites impuestos por la nueva geografía establecida por el diseño moderno/colonial con la invención de América.

El sistema-mundo moderno/colonial de la naturaleza americana, resultado de la caída cosmográfica sobre el planeta, aparece ahora como el orbis terrarum economicus basado en un sistema que produce espacios globales basados en la commoditización de los territorios y de los cuerpos. En otras palabras, lo local se integra a los diseños globales (Mignolo, 2003) intercambiando abundancia por escasez.

Conclusiones

Hemos discutido tres aproximaciones sobre la naturaleza americana desde el punto de vista de la discontinuidad histórica en su tematización y de la continuidad referida a la colonialidad de la naturaleza a partir de la noción de abundancia. También he establecido bajo qué lógica epistémica se sustenta el extractivismo-minero en América Latina, asociada a la libertad de conquista por parte del hombre-blanco-patriarcal-moderno-europeo sin límites, que ha producido el gran y verdadero riesgo de amenazar la vida en el planeta, mediante la imposición de las diversas jerarquías que avalan la muerte para mantener los privilegios de tipo epistémico, económico y de acceso a la naturaleza en la zona del ser.

El extractivismo-minero se funda bajo esta lógica de la colonialidad de la naturaleza al recurrir a los discursos de la abundancia, asociada al establecimiento de “cuan riquezas hay en el paraíso” y “cuan oro existente en esta tierra”, es decir, sentó las bases del principio de atesoramiento que significó la expansión de la codicia española en este continente por medio del colonialismo, pero que se hizo alambreado en la subjetividad, se hizo colonialidad. La segunda lógica de la colonialidad de la naturaleza americana tiene que ver con la capacidad de inferiorizar la naturaleza del otro, pero ya desde la justificativa de porqué Europa es más civilizada, recurriendo a los análisis empíricos y de los métodos de comparación sobre quien es más fuerte, más inteligente, más industrial y por tanto merece ser el digno regidor del horizonte cultural-extractivo en América, o sea, dueño y amo del americano y de su naturaleza. Y la tercera, está asociada a la idea de que la escasez en contexto de abundancia es configuradora de nuevas representaciones de dominio, sobre cómo el ser latinoamericano debe relacionarse con la naturaleza desde los discursos del desarrollo y de la sostenibilidad ambiental. La minería a gran escala y monstruosa se basa en estos supuestos, abundancia mineral del subsuelo, llevar renta y empleo a los espacios “necesitados de trabajo moderno”, hacer escasear la naturaleza a los habitantes donde se localiza la abundancia e inferiorizar conocimientos y prácticas de vida que no pasan por los principios de atesoramiento.

He estudiado estas tres perspectivas que nos permitan avanzar en la descolonización de los imaginarios de la abundancia que sustentan el extractivismo-minero colonial de la naturaleza, porque sabemos que cuando vemos a la

Pachamama desde la visión moderna de la abundancia, mucha riqueza, extrema diversidad, asombro, exuberancia, lo ilimitado, multitud, variedad exagerada y tierra provechosa tenemos aún el habitus conquistador moderno y la ilusión de la codicia que nos fue implantado. Sólo cuando vemos que todo eso es una composición compleja de la vida, como nos lo enseña el buen vivir y la racionalidad de la vida (Bautista, 2015) de las comunidades andinas del continente americano, podemos decir que estamos en proceso de desprendimiento de las lógicas de acaparamiento moderno. Dicho de otra manera, al saber la forma en como nombramos la naturaleza, podemos generar procesos de autoconciencia que nos permitan desconfiar de nuestro marco categorías, para poblar nuestras subjetividades con otros conceptos que nos

lleven a prácticas de reproducción de la vida, es decir, de una reapropiación de la naturaleza.

En ese sentido, la fragmentación del ser humano de la naturaleza no nace de la filosofía cartesiana, dualista y solscista de habitar la tierra, sino con la creación de mitos propios de la primera concepción de la naturaleza y de la amputación de los cuerpos y territorios como vías de expropiación de la subjetividad y de la materialidad sobre los indígenas americanos. Aspecto que es necesario dejar claro. No obstante, tanto la primera, la segunda como la tercera, son la manifestación de los significados de la naturaleza de la civilización de muerte que separó en 1492 al aborigen de ser aborigen para ser indígena y a la Pachamama de ser madre para ser hacer naturaleza americana.

Referencias bibliográficas

- Acosta, A. (2012). Extractivismo y neoextractivismo: dos caras de la misma maldición. Ecoportal.net, -. Obtenido de https://www.ecoportal.net/temas-especiales/mineria/extractivismo_y_neoextractivismo_dos_caras_de_la_misma_maldicion/
- Alier, J. M. (2005). El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración. España. Icaria. España: Icaria.
- Alier, J. M. (7 de octubre de 2012). Jornada. Obtenido de <http://www.jornada.unam.mx/2012/10/07/opinion/025a1eco>
- Argentina, P. (25 de enero de 2018). Política Argentina. Obtenido de <http://www.politicargentina.com/notas/201801/24447-yo-creo-que-la-asociacion-entre-el-mercosur-y-la-union-europea-es-natural-porque-en-sudamerica-todos-somos-descendientes-de-europeos.html>
- Bautista, J. J. (2015). Qué significa pensar desde América Latina. Hacia una racionalidad transmoderna y postoccidental. Madrid: Akal.
- Buffon, G. L. (1986). Del hombre. Escritos antropológicos. Mexico FCE.
- Casas, F. B. (2011). Brevisima relación de la destrucción de las Indias. Colombia: Universidad de Antioquia.
- Castro-Gómez, S. (2005). La Hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada . Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- D'Ardois, G. S. (1984). La naturaleza americana. . Universidad de México.

- Donella H. Meadows, J. R. (2006). *Los límites del crecimiento: 30 años después*. Galaxia Gutenberg.
- Dussel, E. (1992). *El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*. La Paz: Lugar.
- Dussel, E. (1999). Más allá del eurocentrismo: el sistema mundo y los límites de la modernidad. En S. Castro-Gómez, C. Millán de Benaví, & O. Guardiola-Rivera, *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Bogotá: Instituto Pensar.
- Espectador, E. (5 de Febrero de 2016). En paz, potencial de crecimiento de Colombia es "ilimitado", dice Santos. *EL Espectador*.
- Frank, A. G. (1973). *Lumpen-burguesía: Lumpen-desarrollo. Dependencia clase y política en América Latina*. Buenos Aires: Edición Periferia S. R. L.
- Grosfoguel, R. (2015). Del extractivismo económico al extractivismo epistémico y ontológico. *Revista Internacional de Comunicación y Desarrollo*, 33-45.
- Harley, J. (2005). *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, México, México: FCE (Tezontle).
- Herrera Ospina, J. d., & Insuasty Rodríguez, A. (2015). Diversas concepciones en torno a la naturaleza como sujeto político. De la necesidad de cambio de paradigmas. *El Ágora USB*, 15(2), 537-555. doi:<http://dx.doi.org/10.21500/16578031.1629>
- Machado, H. (2013). *Crisis ecológica, conflictos socioambientales y orden neocolonial: Las paradojas de Nuestra América en las fronteras del extractivismo*. REBELA.
- Machado, H. (2016). O debate sobre o “extrativismo” em tempo de ressaca. En G. Dilger, M. Lang, & J. Pereira Filho, *Descolonizar o imaginário. Debates sobre pós-extrativismo e alternativas ao desenvolvimento* (págs. 455-468). Uruguay: Fundação Rosa Luxemburgo.
- Marx, K. (2013). *O capital*. Brasil: Boitempo.
- Massey, D. (2008). *Pelo Espaço. Uma Nova política da espacialidades*. Rio de Janeiro: Editora Bertrand Brasil Ltda.
- Maya, A. (2013). *El Reto de la Vida. Ecosistema y Cultura, Una Introducción al Estudio del Medio Ambiente*. Bogotá: Ecofondo.
- Meadows, D., Meadows, D., & Randers, J. (1972). *Los límites del crecimiento*. MIT: Fondo de Cultura Económica.
- Meadows, D., Meadows, D., & Randers, J. (1992). *Más allá de los límites del crecimiento*. Madrid - Buenos Aires - México: El País - Aguilar.
- Mignolo, W. (2003). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal.
- O'Gorman, E. (1958). *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pauw, C. d. (1975). *The Critical Review*. London.: *Annals of Literature*.
- Planalto, P. (31 de agosto de 2016). *Planalto Presidência da República*. Obtenido de <http://www2.planalto.gov.br/acompanhe-planalto/discursos/discursos-do-presidente-da-republica/pronunciamento-do-senhor-do-presidente-da-republica-michel-temer-em-cadeia-de-radio-e-televisao>

- Porto Goncalves, C. W. (2015). Del desarrollo a la autonomía: la reinención de los territorios. El desarrollo como noción colonial. *Kavilando*, 7(2), 157-161. Obtenido de <http://www.kavilando.org/revista/index.php/kavilando/article/view/49/37>
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En A. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (p. 246). Argentina: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Obtenido de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/quijano.rtf>
- Serna, M. (2010). Discursos sobre la naturaleza americana: desde el descubrimiento de América hasta la visión ilustrada. En *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 39, 251-264.
- Svampa, M. (mar/abr de 2013). Consenso de los Commoditeis» y lenguajes de valoración en América Latina. *Nueva Sociedad*, 30-46.
- Villoro, L. (octubre-diciembre de 1963). La naturaleza americana en Clavijero. *Universidad Veracruzana. La Palabra y el Hombre*, 543-550.